

—¿Sí?  
—¡Sí!  
—¿Cuando florezcan los naranjos?  
—¡Cuando florezcan los naranjos!  
Entonces bendije á mi Dios.

## EL PAÑUELO

.....“A matarte  
vengo, pa que veas  
que, si tóico pasa,  
tamién tóico llega.”

(Aires murcianos.—“¡Uno sobra!” por  
Vicente Medina. Pág. 90.)

## EL PAÑUELO

Cuando Patrocinio descorrió el cerrojo y abrió las hojas de su ventana, un alegre rayo de sol la envolvió como con un manto de oro y obligóla á cerrar los ojos por un momento deslumbrados.

Era ya de día y los tordos armaban una gresca de todos los diablos, encaramados sobre los viejos álamos que se alzaban al frente de la casita rústica, un poco más abajo, alineados perfectamente en el declive de la colina cubierta de fresco zacate que el rocío de la aurora había pringado de perlas cristalinas y entre el cual se distinguía á trechos, cerca de las robustas raíces que se alargaban á flor de tierra, una espesa capa de blanco salitre.

Al levantarse todas las mañanas, Patrocinio era la primera en sorprender á sus alados y bulliciosos amigos. Aquel día, sin embargo, ellos la habían despertado entonando á grito abierto su coro ensordecedor y melodioso. Coronando las podadas cópas que ya se cubrían de tiernas hojas, aleteaban desenfrenadamente, abrían sus picazos semejantes á gruesas púas de obsidiana, se apretaban en confusa masa que vista desde lejos parecía una escarcha negra, y de vez en cuando descendían en zumbadora parvada al potrero que limitaba la inmensa laguna, ora posándose confiadamente sobre los flacuchos lomo de la-

pacientes vacas ó de los pollinos maniatados que ramoneaban la sabrosa hierba, ora formados en larga fila sobre el blanqueado abrevadero bajo de cuyo único arco se deslizaban susurrando mansamente entre los grandes guijarras pulidos, las aguas sobrantes que salían de la compuerta.

Al oriente se extendía hasta perderse de vista, la ondulante superficie de la poética laguna, limitada por las primeras elevaciones de la sierra envuelta en ceadales grises, reflejando vivamente la luz solar, como simulando brufidas escamas de oro, azotando con sus olas espumosas la árida y rocaiosa playa cercana, ó yendo á lamer dulcemente las tierras fangosas de la derecha donde verdegueaban el maíz y los trigales bajo la sombra de la secular alameda, espulgábase los patos de alas tornasoles y piaban los nívicos tildíos quejumbrosamente:

—*Titiúú . . . Titiúú . . . Ti tíú, ti tíú, ti tíú.*

En lo alto, en la atmósfera saturada de ligero vapor de agua, revolaban trazando círculos enormes las gaviotas de rémiges negras; infatigables, voraces, espiaban la aparición de alguna argentada sardina para lanzarse como flecha á pezarla. Más allá, parecidos á nívicos copos de algodón, nadaban parejas de misántropos pelícanos de ojillos bravíos, hurafíos, con sus descomunales picos amarillos, membranosos por debajo, que hundían á intervalos en las turbias aguas. Algunas golondrinas acuáticas rozaban vertiginosamente las crestas de las pequeñas olas, y de toda aquella vasta cuenca, luminosa y animada, ascendía un vaho húmedo, oliente á cieno, á musgo remojado, á tierra podrida de huesa, de una acritud agradable que envolvía las dos colinas donde se extendía el pequeño caserío con sus chozas de adobe y techo de paja diseminadas al capricho, divididas en dos grupos por una ancha carretera cubierta de excrementos de vaca que, nacida en la

Villa próxima cuyas delgadas torres se veían á través de la bruma, bordeaba el arroyo, seco en la mayor parte del año, atravesaba extensos sembradíos y desolados escalíos, se hundía en un áspero barranco erizado de abruptas rocas y enhiestos jarales, subía á la explanada desnuda y amarillenta, y terminaba descendiendo hasta el borde mismo de la laguna, pasando á un lado de la *Casa Grande* en cuya esquina sur habitaba Patrocinio con su anciano tío, el único sér de su familia que sobrevivía.

Detrás de la blanca finca que deslumbraba con la albuza de su sencilla fachada, á lo largo de la carretera solitaria, tres ó cuatro boquerones, que no puertas, daban acceso á otras tantas viviendas de los labradores. Divisiones de trancas separábanlas de la llanura árida, pedregosa, manchada apenas por una raquífica alfombra de hierba cenicienta y mustia, y de purpúreos tallos de drago. En lo interior de los corrales rebuznaban tristemente los asnos enfermos, inútiles, llagados de los roñosos lomos, con enormes callosidades en las articulaciones de las piernas traseras, dormilones, legafiosos y viejos; cacareaban las ponedoras gallinas, unas blancas manchadas de negro, otras color de canela, gordas, escarbando con sus patas emplumadas, como si llevaran calzones, el fango lleno de briznas, de pedazos de herraduras y de gallinaza, en el cual se advertían huellas en forma de pezuñas bifurcadas, de pata de gallo y de amplios *huaraches*; cantaban bél camente los gallos de lacios plumajes sobre los hacinamientos de paja fresca, lanzando con gallardía su diana matutina, arqueada la elegante gola, rojísima la cresta retadora la pupila, esbeltos como imperiales pajes; oteaban los jaros cerdos el ríspido olor de los graneros cercanos, removiendo con sus raspoas trompas el agua verdosa de las tinajas de cantera, gruñendo, mascusando el lodo asquerosamente.

algunos gansos de pecho cubierto de fiemo, aturdían con sus gritos casca los y disonantes, como ayes de gente que se asfixia; los aviesos gorriones de buche rojo y negrísimos ojos ariscos, saltaban en los aleros robándose los granos de trigo que el viento dispersara, picoteando las estriadas calabazas ó los relucientes *chilacoyotes* que se maduraban al sol sobre las bardas de los ruinosos pesebres ó en los alféizares de las ventanas orladas por tupidas hiedras y moradas campánulas; los escamosos lagartos de vientre verde se asoleaban tendidos en las piedras, moviendo espasmódicamente y á intervalos sus cabezas achatadas de saurio; las palomas habaneras de medias sonrosadas y corbata negra, currucaban melancólicamente dentro de sus jaulas hechas con aros de chiquichuite; los perros pastores saltaban joviales persiguiendo á los marranillos cogiéndoles por las colgantes orejas, ladrando bulliciosamente; un gato taimado ronroneaba acurrucado en las frías cenizas de un herno abandonado al pié del cual crecían algunas malvas; los chiquillos ventrudos, renegridos, hurafios, algunos lardosos, otros langarutos, todos con sus recias cabelleras negras como el azabache, sus camisitas rotas y sucias, sus agrietados piés descalzos, sus mantas ásperas, pintadas con el carmíneo jugo de las cardosas, se rascaban las axilas, deslendrándose las piojosas cabezas, dormitando piernlabiertos, fabricando casitas de barro, haciendo caballitos con cañas secas de maíz ó lapidando á los cerdos y canijos guajolotes que hurgaban el vecino basurero; y los mozos de labranza, cobijados con sus *jorongos* rojos, apoyados en las trancas de las caballerizas ó en los marcos de las puertas, sonaban sus organillos de boca lánguidamente, lentamente, mirando el vuelo circular de las auras que cernían e sobre el esqueleto de algún caballo tirado en los breñosos peñascales del monte, mordiendo de vez en tarde trozos de *amelcochado piloncillo*, fumaado sus cigarrillos de hoja de

maíz, con calma ep'curea ó silbando canciones campestres de notas vagas, desladas ahí, en la inefable paz de la Naturaleza.

Patrocinio lanzó un débil suspiro, arreglóse la cabellera y quedóse dirigiendo ávidas miradas al camino cercado de altos álamos. Sus ojos soñadores buscaban algo con una tristeza infinita. ¿Por qué ella tan bullanguera estaba decepcionada?

De pronto una voz surgió tenue, apasionada, quejumbrosa; venía de allá y cantaba:

"Y ora lo *veraaás*, al tiempo de *separaaarnos*  
no te he de *dejaar* que tengas amor con *otrooo*...."

Entre aquel agreste e ncierto de primavera, vigoroso y extraño, resonaba tristemente, con una amargura desconsoladora. A las veces parecía alejarse, perderse tras la hondonada; otras, aumentaba vibrante y nerviosa. Poco á poco se fué acercando para continuar agresiva y colérica:

"... Si ha de ser *ansinaaa*.... te he de rayar el *roostrooo*.  
Y ora lo verás, qué de machetazos nos vamos á *embocaaar!*"

La bella moza se estremeció. Había reconocido la voz de su novio Juan Ignacio Rentería, el muchacho hortelano que venía allá subiendo la cuesta sobre su carromato atestado de coles, zanahorias y rica alfalfa.

Echóse violentamente hacia atrás para que al pasar frente á su ventana él no la viera. Hacía tiempo que estaban disgustados, desde la noche que él había regresado del pueblo, tambaleándose, raspado de la cara, borracho, que no se podía tener en pié. Ella no quería ni verlo: estaba profundamente resentida con el aldeano por haberse atrevido á presentar en aquel lamentable estado, él, tan honrado, que jamás probaba el vino. Aunque ya conocía su

alma brusca, pero leal y sencilla, no podía perdonar, Ella, más instruida y un poco inteligente, aquella falta de respeto y las palabras injuriosas que le habían seguido. Era la primera vez que Juan Ignacio la insultaba de aquel modo. Su soez conducta hacía un doloroso contraste con su ordinario y amable proceder. Pero en aquel estado habría sido inútil cualquier reproche. Ella lo había comprendido así limitándose á rechazarlo y á defenderse enérgicamente.

—¡Vete, Juan, vete por Dios: que no quiero verte así!

Recordaba que á pesar de todo, su acento había sido dulce y persuasivo, pero á Juan le pareció mal, sintióse herido en su exquisita sensibilidad y en su volcánico amor propio.

—¡Güeno! ¡me largo!—la había contestado con su voz agria de borracho, interrumpida por destemplados hipos. ¡Me largo! Ya sé que no me *quieres*; por eso me he *embo-rachao*! Y qué te importa? Soy muy dueño de hacer lo que me dé la gana. ¿Lo oyes? Soy hombre..... pero muy hombre.....! ¿Pos qué crees que me haces *tarugo*?..... ¡Ujul qué risa me da en las muelas! Si ya soy liebre corrida ... y lo *ques* á mí no me haces..... ¡Conejo! si ya sé todo, todo! ¿Lo oyes, mujer?.... Ya sé que el *niño* Don Carlos... ¡el niño!.... te anda enamorando; me lo ha *cuiqueao* mi comadre Pioquinta.... ya sabes: la *siñora* que vive allá *trastumbando* el cerro de los Tecolotes. Y ya sé *tamién* que tú andas *güelta* loca por ese.... *curro*. Pero ya te lo digo y te lo repito: á mí no me la pegas.... si al cabo arrieros somos.... ¡Pos qué te has *créido*! que porque uno está sumido allá en el rincón, no sabe nada? ¡Anda, *güena* piezal ¡ingrata! Dejaras de ser vieja *pa* ser....

—¡Juan Ignacio, no me insultes, vete! ¡Es mentira todo lo que te han chismeadó!

—Sí..... *ado!*....

—Yo te quería *deveras*, pero desde hoy ya no te quiero por borracho, ¿lo oyes bien? ¡nomás por borracho! Corrígete y te daré otra vez mi cariño. A mí nada me importa el *niño* Carlos, ni menos esa *argüendera* bruja de mis pecados! Bien sabe Nuestra Señora del Patrocinio que nomás á tí te quería con toda mi alma, pero más que sufría, como hay Dios que ya no te vuelvo á hablar! Es mentira, es pura mentira todo lo que te han contado!....

—Sí ¿eh? Conque mentira! ¿Pero *deveritas* es mentira?.... ¡Güeno! no le hace; *ái* quédate con el *currillo* ese que me ha hecho cuantos perjuicios ha podido: es un *títere*, un *güeno pa* maldita la cosa, un hombre de entrañas negras que te ha de jugar una mala pasada, un protestante!..... ¿Qué más puedo decirte? Pero ya te lo digo y te lo repito: “arrieros somos y en el camino andamos” y..... “las piedras rodando se encuentran.” Nomás te acuerdas de Juan *Inacio*, porque lo *ques* á mí *náiden* me pone la *pata* en el *pescuezo*! *Ai* anda todo el día ese flojo, de bonito, con su pañuelito *colorao enredao* en el pescuezo: parece niña.... Se me ha da conceder arrancárselo con estas manos de hombre!.... ¡Sí! como lo oyes!

—¡Juan, por Dios, no vayas á hacer una *burrada*!

—¡Mírenla! ¡mírenla! *Ora* sí ¿no? —“¡Juan, por Dios, no vayas á hacer una *burrada*! ¿Cómo te *achicopalas*, mi alma *Patrocinia*! Pos al cabo ya no me *quieres*. ¿Me corres de tu ventana?.... ¡Güeno! ya estará! No te vaya á quitar el oro.... ¡Me voy! ¡me voy *pa* mi huerta. Si al cabo allí en mi *jacal* yo no le pido nada á *náiden*; y que no se asome por allí tu querido con su *mascadita*, porque, ¡mira! por éstas (haciendo la señal de la cruz) que me lo echo al plato! ...

Ella recordaba bien todas sus groseras palabras; se había metido indignada y no había podido cerrar los ojos en toda la noche. Sin embargo, amaba á su Juan Ignacio con

toda la impetuosidad de una pasión salvaje; le amaba por bueno, por trabajador, por honrado, por valiente, por buen mozo, pero le dolía que las malas compañías se lo echaran á perder, que fuera tan creído, tan papanatas y sobre todo tan celoso, con esos brutales celos de las almas impulsadas. ¡Ay! bien lo conocía: era capaz verdaderamente de cometer una mala acción, impulsado por los salvajes arrebatos de su cariño acendrado. De todo aquello tenía la culpa la vieja Pioquinta, una mujer mala que le andaba llevando recaditos del niño Carlos. Ella, Patrocinio, ya le había dicho que no la molestara, que su corazón no le pertenecía, que si insistía en sus péfidas insinuaciones le avisaría á su tío Pablo; pero la alcahueta, como que le pagaban bien, suplicaba aún diciéndola que el *amo* la pondría una casa magnífica en la ciudad; que ella sería ahí la reina si se iba huida con él; que era demasiado hermosa para vivir ignorada en un infeliz rancho, casada con un pobre patán que la molería á golpes; que toda la hacienda sería suya y otras mentiras más halagadoras y bonitas. ¿Cómo había de entregarse ciegamente á aquel vecioso y malvado burlador de mujeres que no tenía más ocupación que dilapidar su capital en crapulosas orgías? ¿Cómo había de creer sus infames palabras de promesa, si ella era honrada y amaba entrañablemente á su novio? Después su tío Pablo la arrojaría del hogar, la maldeciría, y sería una cualquiera..... ¡No! no! Al fin Juan volvería al día siguiente, cuando se le disipara la embriaguez; la pediría perdón, ni se acordaría de lo que acababa de reprocharle, y se contentarían. El era bueno y no rencoroso. Se explicarían. En su estado normal era consecuente y razonable, benévolo hasta la candidez. Ella le daría un beso muy *tronado* en la frente, donde á él le agradaba que lo besaran..... Pero si no volvía? ¿Si se mostraba esquivo? También era altivo y digno. Sabe Dios qué otras calumnias le habrían

contado! ¡Virgen Santísima! Sin embargo, era preciso castigarle para que ya no volviera á tomar. El remedio debía hacerse á tiempo. Se ponía hecho un loco, la insultaba, la decía unas palabras muy feas que la hacían ruborizar.... Había orado casi toda la noche pidiéndole á Dios que nada sucediera, y hasta entonces nada había acontecido afortunadamente. Ella sabía que su n vio seguía allá encerrado en la huerta, solitario como un buho, sin querer hablarle á nadie, ni á su misma madre; únicamente por las noches le parecía á ella escuchar que alguien sollozaba y rozaba silenciosamente su ventana. Hasta varias ocasiones se había levantado callandita, sin zapatos, para no despertar á su tío que roncaba plácidamente, pero no había podido ver á nadie ni había escuchado ningún ruido sospechoso como no fuera el chirrido de los gallos, el canto de las ranas, el ladrar de los perros, el aleteo de los murciélagos, el rumor de las olas y el follaje ó el graznido de alguna lechuza que pasaba. Al principio creyó que sería algún aparecido: decían que las fantasmas de los ahogados rondaban quejándose por toda la llanura, á las doce de la noche, en punto, cuando salen las almas en pena, de sus tumbas; el velador de la *Casa Grande* las había visto, largas, largas, con sus blancos sudarios, sus cráneos pelados y sus órbitas de fuego. Pero ella no les tenía miedo, no creía en las consejas que narraban los viejos pastores á los muchachos crédulos, cuando á la luz de la luna sentábanse todos formando corro á la puerta de las cabañas, iluminadas por las fogatas, abriendo tamaños ojos y escuchando aquellas estupendas leyendas que pasaban de padres á hijos. Ella nunca había visto nada inexplicable y se reía de tales cuentos; era valerosa; por eso tenía la convicción de que Juan Ignacio se iba desde la huerta á rondar su casa, á espiarla para cerciorarse de la verdad. Mejor. Así se habría convencido de que ella era fiel y decente.

Pero obraba mal; eso no estaba bien hecho, no era digno de un hombre. O confiaba en su cariño, ó acabarían de una vez. Ella era también algo orgullosa; no le gustaba que se dudara de su sinceridad.

Desde aquella noche que en hora mala habían reñido, ambos andaban pues cabizbajos y entristecidos. Patrocinio hacía el quehacer de mala gana, pensando en el hosco silencio del terco campesino; éste, descuidaba las hortalizas, quedábase pensativo, apoyado en el mango del azadón, parado como un memo entre los surcos inundados de sobra por el riego, sin sentir el frío contacto del agua que corría bañando sus desnudas y musculosas piernas que parecían esculpidas en granito por lo toscas y duras, escurriéndose el llanto por las morenas mejillas como si fuera un muchacho de tres años, baboso y lebrón. Ya lo habían sorprendido así: Mariquilla y Santiago, los dos desbrozadores que iban todas las tardes á cortar leña de mezquite para la casa de *nana Chepa*. Y ahora, por primera vez, entraba á la aldea, cantando aquella canción tan conocida de Patrocinio. ¿Qué haría ésta? ¿Se asomaría? ¿Cómo le daría el recado que para él tenía? No: era mejor que él la buscara, que la contentara; á él le correspondía hacerlo ya que ella ninguna culpa había tenido en todo aquello.

Amparada por una hoja de la ventana, palpitándole el corazón con secreta alegría, siguió escuchando atentamente la voz viril de su amado.

—Pobrecito—murmuró. Me viene á decir que ni fuerza le hace.....

Aquella continuó sarcástica á medida que avanzaba más y más:

“Y por *di* andan diciendo que son hombres y muy *hoombres*, que son *hoombres* y se atienen á sus *brazoos*!”

—Piensa en las fanfarronadas del *niño* Carlos,—se dijo con temor Patrocinio.

“Si ha de ser *ansinaaa*, nos hemos de echar *balazoos*... Y ora lo verás, qué de machetazos nos vamos á *embocaaar*!”

Cesó la voz y se oyó un silbido burlesco. El carromato se detuvo por fin á la puerta principal de la *Casa Grande*, y Juan Ignacio, arrojando las riendas de *mecate* sobre los lomos de las mulas tordillas, saltó á tierra yendo á llamar con el pesado aldabón de hierro:

—*Pon, pon, pon.*

Los golpes resonaron secamente despertando el eco que repetía á lo lejos:

—*Pon, pon, pon.*

Las mulas resoplaban sacudiendo su campana y entesando las orejas, y él esperaba á que abriesen, muy derecho, muy indiferente al parecer, mirando de soslayo la casa de su prometida, muy limpio, con sus trapos dominigueros: una camisa blanca como las *estrellitas de San Juan* que se abrían allá al pié de la sierra; unos azules pantalones ajustados, *cachiruleados* y remengados que dejaban ver la extremidad polvosa de unos calzoncillos teñidos de verde savia, el calcañal agrietado y el tobillo abultado; sus *huaraches* nuevos; su *pechera* de cuero, suelta, lustrosa; su sombrero de palma con toquillas de plata, y su escapulario bendito en el pecho. Pero como nadie abriera, tornó á llamar con más fuerza, con el mango de su azote:

—*Pon, pon, pon, pon.*

El mismo silencio.

Algunas palomas revolotearon sobre el palomar, asustadas de aquel ruido, y Juan Ignacio se rascaba con impaciencia la cabeza no sin mirar de reojo la ventana donde su pícara novia más de una vez, cediendo á su curiosidad, se había asomado para verle cuando él estaba vuelto de espaldas.

—¡Eh! *siñor Pifanio!* Abrame! ¡Aquí está la verdura que encargó el.....!

No se atrevió á decir: *el amo*; le repugnaba aquel odioso nombre.

Mas como era domingo, *siñor Pifanio* el portero se había marchado al pueblo y la casa estaba sola.

Aquello lo puso de mal humor y volvió á llamar con ira. Siempre le pasaba lo mismo, pensaba. Ahí le tenían esperando horas y horas enteras como si él fuera su esclavo.....

Patrocinio vacilaba. Ansiaba hablarle; tal oportunidad sería un magnífico pretexto para hacer las paces. Cuatro veces vióse tentada á llamarle y otras tantas la palabra tímida se detuvo en sus rojos labios, porque á pesar de que Juan Ignacio la tenía muy ofendida, la producía pena verle ahí asoleándose, llamando inútilmente. ¿No sería mejor que ella le contentara? Así se convencería él, que de verdad le amaba. Por lo demás, causábala risa el sorprender las muecas de enojo que retrataba su simpático rostro, tanta, que ya no pudo contenerse y sacando la cabeza le gritó rompiendo en una fresca y ladina carcajada:

—¡Juanote!

Se ocultó rápidamente, desternillándose á causa de su infantil travestura, pero él había reconocido aquella voz querida.

—¡Gueno! sí, miren á la zalamera!—se dijo, un si es no es sonriente. *Ora* ya le anda y no *jalla* como verme la cara.

Quedóse un rato pensativo, vacilando en si ir á saludarla é hizo á solas un ademán que denotaba su convencimiento:

—¡Claro! Eran puras habladas de mi comadre!..... murmuró en voz baja. La muchachona es honrada como la madre que la parió. Yo *hastora* no he *columbrao* nada

por más que me he *desvelao* hasta *l'una* de la mañana espiándola sin que ella lo huela. Si algo le ha dicho el *curra* ese, habrá sido de día, cuando yo estoy en el trabajo, pero ni eso; ya me lo hubiera *chimeao* Santiago por interés de que le dé peras..... ¡Ah, *jijo!* y cómo me ha podido la *anchetal*.....

Después, como el tiro echara á andar, impaciente también, molestando por los punzantes aguijones de los tábanos que se incrustaban en sus purulentas mataduras, exclamó frunciendo los labios:

—¡Oh! *cho, cho, cho, cho,* mula!

Y prosiguió reflexionando, sentado en el despallado poyo que se hallaba á un lado de la puerta, bajo el cobertizo:

—.....Horas, días y noches enteras me he *pasao* pensando en esta ingrata, y sólo Dios y yo sabemos lo que he sufrido. ¡*Quen* sabe si á ella le *háiga* sucedido lo *mesmo*! *Mariquilla* dice que está muy ojerosa! Porque se ve que *deveras* me *quero*; solamente que á la gente le cuadra andarse metiendo en lo que no le importa; pero yo me pondré avispa con el amo.... y *ora* que me acuerde, de una vez voy á *dicisle* al *siñor Cura pa* que arregle las cosas luego, luego; ésto no puede seguir así; está uno con el *sucidio*, con el “¡*Jesús!*” en la boca todo el santo día de Dios. *Loques* que uno sea *probe* y bruto: tiene uno *medio pa* carne, *pos* se lo quitan! *Asina* son los ricos de envidiosos: no pueden ver ojos en otra cara.... ¡*Jijo!* y que *Patrocinia* es *chula* como ella sola, ni *quen* lo dude! Qué dijo el *niño*:—“¡Yo me zampo esa paloma! Al cabo el otro (*ora yo*) es un *probe* y ella tiene *necesidá!*” ¡Sí, no vaya! *Nomás* que no le haga pelos al macho, porque se lo lleva el *tren*. Ciertamente yo nací *encuerao* y tonto, pero no s y *dejao*. El *siñor Cura* me dice, dice:—“Juan Ignacio: Los pobres tienen que triunfar en este mundo. Christo, Nuestro Señor



vino á él para salvarlos y de ellos será el reino de los cielos; trabajad todos con resignación hasta el día en que los potentados caigan en las tinieblas del infierno. Ese será su castigo puesto que jamás han querido tender la mano al desvalido y al huérfano. En sus conciencias llevan su propio infierno. Serán infelices toda su vida. Vosotros los pobres tenéis la paz del alma que á los ojos del Creador es grata. No lloréis, trabajad, tened fe y esperad el día supremo de la Misericordia y de la Justicia." Me he aprendido lo que él dice, de memoria. Yo no entiendo qué será todo eso, pero cuando él me lo dice, hasta siento que se me achina el cuerpo y me da un gusto que el corazón me hace: ¡Tun!..... ¡tun!.....

Y creo en la Santísima Trinidad.... ella me ha de librar de todo pecado; pero yo aunque soy *giéno*, sabe qué me da cuando el niño Carlos me *echa la viga*: me dan ganas de *retorcerte el pescuezo* como á una gallina, más, cuando lo *deviso* con esa *marcadita de joto*... y aunque le pese, le he de hacer una mala *pasada* si se anda metiendo con mi muchacha; él la *quere pa* una cosa mala y yo no, yo la *quero* como..... como..... ¡dianche! no sé cómo la *quero*! Pero cuando estoy con ella parece que se abre la gloria..... ¡*Hachi!* ¡los besos que me ha *dao!*..... si saben á puro caramelo! ¡Y esos ojotes que tiene la maldita que parece que se va uno de hocicos en ellos! No, lo *ques* yo no la *suelto*. *Pos* vaya que soy hombre como mi *pápa* Anselmo, que Dios tenga en el cielo, pero la *verdá* me puede *mancho* lo que ha *pasao*..... *pa* qué me las echó! Y aunque ella me diga que soy *rajón*, la contento. Esa ingrata me *traí* todo *tránsjao*..... ¡*Patrocina!* qué linda eres! ¡Bendita sea la madre que te echó al mundo!

¡Juanote!—volvió á gritar la hermosa morena.

Esta vez permaneció apoyada en el lavado alféizar de cantera, medio ruborizada, pero sonriente, mostrando su

blanquísima dentadura y la fresca rósea de su rostro recién lavado, que "olía á *miaditos* de niño Dios" como la decía Juan Ignacio en su original jerga.

Este volvió la cara, encendido de vergüenza, y se hizo el sordo, inclinó la cabeza, encasquetóse el sombrero y se puso á trazar torpes figuras sobre la arena, con el mango de su látigo.

—¡No hay nadie en la casa, Juan Ignacio!—gritó la emocionada Patrocino.

El gruñó sin hallar qué responder. Le latía el corazón precipitadamente, y sentíase turbado, tímido.

—¡Te has vuelto sordo, Juanillo? No hay nadie: *siñor Pifanio* dejó dicho que descargaras la verdura aquí en mi casa, mientras que él venía. Con que..... ¡anda! arre tus mulas: voy á quitar las trancas de la puerta falsa para que entra.

—¡*Giéno!* voy, voy!—asintió él, subyugado por aquella voz tan dulce y armoniosa.

Y sin treparse al vehículo, silbó, cogió el freno y guió las mulas hacia la esquina, para dar la vuelta y entrar á la carretera.

—Deveras que esta demontre de muchacha tiene buen corazón,—pensaba mientras estimulaba á las bestias con un "¡*tló, tló!*" grave y cavernoso que producía pegando su lengua al paladar para formar el vacío y despegándola bruscamente.

Ya su novia le esperaba en el umbral de la cocina situada en el fondo del corralón:

—Entra, entra.

El perro de *tío Pablo* comenzó á ladrar, saltando en torno del hortelano y meneando el rabo con muestras de marcado júbilo. Ayalanzáronse los cerdos husmeando las coles y tronchos, y por poco derriban á Patrocino que gritaba:

—¡*Cuchi!* ¡*cuchi!* retírense! ¡Cállate tú, "Gavilán!"

El inteligente perro obedeció yendo á echarse bajo un yunque, mirando á Juan con ojos humanos y carifiosos. Este era su mejor amigo.

—¡Ave María!—saludó el mozo bajando la vista.

A la tremolina que produjeron pavos, gallinas, gansos, cerdos, jumentos y personas, salió el buen viejo Pablo cojeando, con sus pantalones remengados que descubrían unos zancajos secos, sus chancas de tacón treído, de *falsa rienda*, su mandil negruzco de herrador, su camisa de trabajo, sus brazos nervudos y venosos, manchados de óxido, su rostro de judío, coronado por blanca melena sujeta con un pañuelo rojo pringado de blanco, sus antiparras caídas hasta la extremidad de la afilada nariz mocosa, sus ojos azules y bondadosos, su frente arrugada, tiznada, venerable, su cuerpo encorvado, gritando con su voz cascada y tartajosa:

—¡Qué es, qué es, niña!

—Juan Ignacio que ha venido, padrecito! Trae la verduura del *amo*..... pero como *señor Pifreño* se fué desde anoche á la Villa, me dejó dicho que aquí la descargara.

—¡Ah! eres tú, Juanillo? ¡Buenos días te dé Dios! ¡Caramba! cómo estás flacucho y descolorido! Si parece que *comi'ts* membrillo..... Pasa, hombre, pasa.

Patrocinio se puso más colorada que el manajo de amapolas que Juan Ignacio llevaba en su morral, y se fué á ayudarle al mozo para que su tío no adivinara la emoción que la embargaba. Entonces entre ambos comenzaron á amontonar las legumbres en el taller del anciano. Este los contemplaba con sus ojos dulces y maliciosos, y pensaba para sus adentros: "Aquí hay gato encerrado." Después agregó:

—¡Has llegado que ni con campana! Luego que acabes de descargar te necesito *pa* que me ayudes á curar la cochina prieta que se nos ha *encanijado*.

—Está bien, *tío* Pablo: ya sabe que estoy *pa servirle*.

—Bueno, hijo, date prisa pues!

Mirando detenidamente el morral añadió:

—Y esas amapolas?.....

El portador de ellas vacilaba: las había cortado para arrojarlas sin ser visto á la ventana de Patrocinio y ya ni se acordaba de ellas, pero ahora le daba vergüenza confesarlo, pues aunque el herrador veterinario, el *albéite* como le decían todos en el *rancho*, ya conocía sus amoríos le respetaba, y le parecía una grave falta regalárselas en su presencia.

—Las había tronchado para su novia, padre,—dijo Patrocinio cerrando la puerta de la herrería con un atravesafío.

Juan Ignacio la dirigió una mirada de reconvención que ella no advirtió por estar vuelta de espaldas, sonriendo picarescamente. El viejo acabó de confirmar sus sospechas é interrogó á aquel con sus pupilas astutas y llenas de experiencia.

—No, no,—balbució cohibido. Eran..... son..... *pa*... pero... son..... *pa*, sino que se las *truje* á.....

—Acabarás, muchacho?

—¡A Patrocinio! ¡A Patrocinio!—exclamó esta misma precipitadamente, volviéndose á mirarle con sus encantadores ojos francos, y golpeando la palma de su mano izquierda con el dorso de la derecha.

El *tío* Pablo se sonrió viendo los apuros del mozo y éste, rascándose la cabeza, declaró por fin:

—*Pos güeno*..... sí, las corté *pa* tí.

Y dirigiéndose al anciano:

—Si su *mercé* no se enoja.....—dijo tímidamente.

—No, hombre, por qué me he de enojar? La niña te quiere, tú la quieres también y yo no veo ningún *pecao* en ésto. ¿Qué es eso de que se anden peleando? Ya sé los chismes